

UN CUENTO FANTÁSTICO



Cansado un herrero de tanto dar al yunque se dijo un día: «No sé aún lo que es correr una aventura, y aseguran que en el mundo las hay muy gordas; yo quiero tropezar con alguna», y salió de la herrería provisto de su martillo, dispuesto á probar fortuna.

En el camino se encontró con un aprendiz de sastre, antiguo amigo suyo, al que lanzó al paso la exclamación siguiente:

—Que Dios te bendiga, hombre; hasta más ver.

—¿A dónde vas de esa suerte?

—Dicen que en el mundo hay mucho malo y mucho bueno, y como jamás he experimentado ni lo uno ni lo otro, voy en pos de alguna aventura.

—Vaya un capricho, mas si quieres, haremos el viaje juntos, porque también en mí despierta curiosidad lo que te propones.

Y ambos reunidos caminaron largo rato hasta llegar á lo más espeso y sombrío de un espeso bosque, donde hicieron alto para orientarse. Se decidieron por un estrecho sendero que conducía en breves momentos á una casa de buena apariencia, en la que pensaban solicitar hospitalidad por aquella noche.

Entraron en la casa y la hallaron vacía, sentándose á esperar la presencia del dueño de ella.

Al poco rato hizo su aparición una vieja enorme, casi un gigante, una especie de ogro, que no tenía más que un ojo en la frente.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que tengo huéspedes? Que seais muy bien venidos, jóvenes.

—Buenas noches, buena mujer; nos ha cogido la noche en el camino y buscamos albergue hasta que amanezca.

—No me parece mal vuestra presencia; carecía de comestibles, y

parece que estais de buen año; ya tengo con qué cenar esta noche.

Los dos viajeros se quedaron atónitos, estupefactos; pero la vieja, sin hacerles caso, cogió de un rincón un manojo de leña y la arrojó al hogar; después, examinando detenidamente a sus huéspedes, fulguró su único y terrible ojo sobre el infeliz aprendiz de sastre, y cogiéndole por la garganta le ahogó entre sus manazas en menos tiempo que el que se necesita para lanzar un suspiro, y arrojó el cuerpo al fuego.

Cuando lo hubo devorado con sus dientazos en presencia del misero herrero que no osaba respirar siquiera, dijo á éste:

—Tú para el almuerzo.

—Hará muy mal, porque yo puedo serte útil viviendo.

—Tú, y ¿para qué sirves tú?

—Mujer, yo soy herrero.

—Y ¿qué haces, forjas?

—Lo sé hacer todo.

—Entonces me vas á forjar el ojo que me falta.

—Lo haré con mucho gusto, pero necesito una cuerda para sujetarte los brazos, porque de otro modo la operación no daría resultado.

La vieja trajo dos cuerdas, una delgada y la otra gruesa. El herrero la lió con la primera.

—Ahora, sacúdete.

Ella se sacudió y la cuerda saltó hecha pedazos.

—Esta cuerda no sirve, y con la otra la ató fuertemente.

—Ea, sacúdete bien.

Hizo lo que le mandaban, pero esta vez la cuerda resistió.

Entonces el herrero, cogiendo una barra de hierro, la calentó al rojo, y aplicándola al ojo sano de la vieja la dejó ciega.

Esta, rugiendo como una fiera, de un esfuerzo colosal rompió sus ligaduras, y corriendo hacia la única puerta de entrada de la casa, se colocó ante ella gritando:

—Aguarda, bribón, que esto no ha de servirte para escapar de mis garras.

El pobre herrero comprendió que la cosa iba mal y se dió á torturar su imaginación concibiendo nuevos planes para huir de la ferocidad de aquel ogro. En esto se presentó en la puerta el rebaño de corderos de la vieja, queriendo entrar en el establo.

La dueña les franqueó el paso para cobijarlos durante la noche y volvió á colocarse de centinela.

A la mañana siguiente, cuando les abrió la puerta para que se fueran al campo, el herrero al verlos llevó inmediatamente á la práctica la idea que le habia ocurrido; se puso una chaqueta que estaba forrada de piel de borrego, al revés, y andando en cuatro patas se confundió con el rebaño.

La vieja, para mayor seguridad, hacía pasar á los corderos por el umbral uno á uno, y cogiéndoles por las lanas, los arrojaba fuera. Al tocar el turno al herrero se quedó con la chaqueta en las manos, pero él tuvo tiempo de escabullirse y se alejó gritando:

—Condenada vieja, me has hecho sufrir demasiado, pero ahora me rio de tu poder infernal.

—Espera, espera, que aún no has concluido de penar; y aquella furia corria tras del herrero como si viese. Este tomó por el sendero que tan desdichadamente les habia conducido á aquel antro y su paso era una desenfrenada carrera.

A pesar de su precipitada marcha se apercibió de que en uno de los árboles del bosque habia clavada un hacha con mango de oro y, naturalmente, quiso cogerla. Pero al intentar hacerlo, su mano quedó sujeta al mango y no pudo avanzar un paso más.

—Ya ves, bandido, que no has de escaparte, le gritaba la vieja, que le iba á los alcances.

Desesperado el herrero, sacó de su bolsillo su martillo, y á golpes se destrozó la muñeca.

Solamente á este precio pudo verse libre y correr á ponerse en salvo.

Cuando de regreso llegó á su pueblo, dijo á sus camaradas:

—Ahora sí que conozco lo que es el mal.

¿Veis este brazo mutilado?

Pues yo no he perdido más que la mano, pero mi compañero ha perdido la vida.

ALFREDO DE LAFFITTE.

